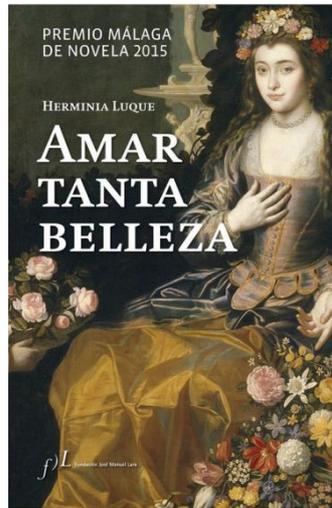


Ana Caro y María de Zayas, protagonistas de la novela *Amar tanta belleza* de Herminia Luque, que ha ganado el Premio Málaga de Novela 2015.



Herminia Luque, *Amar tanta belleza*, Premio Málaga de Novela 2015, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2015, 277 págs.

Reseña de María Dolores Martos Pérez

Amar tanta belleza es una entusiasta defensa del oficio de la escritura y de la belleza como materia del artista. Y para ello ha escogido su autora, Herminia Luque, dos de las escritoras más brillantes del siglo XVII: María de Zayas y Ana Caro. Es posible que ambos nombres no evoquen mucho o nada en la mente del lector del siglo XXI. La poeta y dramaturga Ana Caro y la novelista María de Zayas, especialmente la primera, apenas aparecen en las historias de la literatura y su conocimiento se circunscribe mayoritariamente al ámbito de la crítica e investigación académica. Es quizá por ello por lo que el relato de esta novela se construye sobre el descubrimiento que hace la profesora Mónica Belicio de Torres de cinco documentos “excepcionales”, insólitos, que iluminan la vida de “dos de las escritoras más significativas del Barroco español” (p. 13).

No es baladí que las protagonistas de esta novela sean mujeres y que la mayor parte de los personajes que aparecen en ella lo sean también: la profesora norteamericana, las dos protagonistas, sus criadas (Justa, Elenona), las aristócratas que orquestan las academias y tertulias (condesa de Paredes), la reverenda madre priora sor Ángela y otras escritoras de la época como Mariana de Carvajal o Feliciano Enríquez de Guzmán. Todas ellas construyen un universo femenino en el que Luque retrata una mezcla de firmeza y de fragilidad, subrayando el desamparo en el que transcurría el día a día de la mujer en esa época: las violaciones, como la de la propia Ana Caro, la venganza que lleva a cabo Zayas, o la crueldad que acaba con la vida de Zita, pongamos por caso. Por encima de una diferencia de clase social en esta novela, prima la

solidaridad entre la “comunidad” femenina que la forma, y la desigualdad que se subraya no es tanto de carácter estamental como de género. En este sentido, a lo largo de toda la novela hay una especial preocupación por ir poniendo de relieve cuál era la participación de la mujer en la cultura de la época, qué posición ocupaban estas escritoras en el campo literario del barroco y, en definitiva, cómo era la sociabilidad literaria de la época. El ambiente literario del momento queda dibujado a través de las academias y certámenes que tanto proliferaron en el Siglo de Oro, una literatura que se imbricaba en la vida como crónica más o menos poética de los avatares vitales de los personajes que las frecuentaban.

Se trata de una novela que podríamos tildar de metaliteraria. Todos los personajes femeninos que aparecen en ella están marcados por la literatura. Pero este sustrato se alimenta de una trama hábilmente construida cuya tensión narrativa embauca al lector en un relato cuyo vértice es la venganza que una mujer enamorada idea para resarcir una malidicencia que atenta contra su honor y una violación.

La atmósfera en la que pudieron vivir estas escritoras se recrea a través de dos mecanismos de gran eficacia narrativa. Por un lado, el lenguaje, a través de un léxico áureo, que llama la atención tanto desde el punto de vista semántico como fónico, pródigo en enumeraciones (p. 89, pp. 244-245); y, por otro lado, a través de la ironía, de un fino juego de distanciamiento entre la personalidad de estas dos escritoras y el ideal femenino que la época había diseñado para ellas, un corsé en el que se esperaba que encajara su cuerpo y sus mentes. Las dos cartas que sostienen la trama, primero la de Ana Caro y después la de María de Zayas, ofrecen una visión caleidoscópica al lector sobre los hechos narrados, que se desencadenan a partir de la llegada de Ana Caro a Madrid un frío día de invierno y la relación que entabla en la Corte con María de Zayas.

Y es que si algo defienden Caro y Zayas a lo largo del relato entreverado de datos históricos es, primero, su “libre albedrío” y, después, una pasión, la escritura. Como se respira en toda la novela, vida y literatura son una sola: “mis libros y mi poesía son yo misma, no hay unos sin otra, ya que no hay letra sin espíritu que la compuso y adecuó a lo que quería decir; del mismo modo que la poesía compuesta, los libros compuestos, modelan a una misma en lo que finalmente es en lo más propio de su ser.” (p. 265). Para ambas, la literatura es un espacio de libertad, tanto en lo espiritual como en lo material. La crítica ha venido considerando a Ana Caro como la primera escritora profesional de la historia de la literatura, que consiguió con la publicación de sus relaciones en verso y de sus piezas dramáticas una renta que le permitió vivir de la literatura: “No dudaba yo de mi valía. Pocas mujeres se han atrevido, como una misma, a coger la pluma, a la par del más pintado varón, y no solo por entretenimiento, sino como tarea constante y sostenido empeño, aun a costa de muchas fatigas y maledicencias también” (p. 37). La literatura era para

ambas una pasión, pero en la novela también se da espacio a la dimensión material del hecho literario y el negocio editorial. La literatura es también un oficio y la independencia económica que genera es la única vía para la alcanzar la libertad desde las que estas mujeres piensan, sienten y viven, como asevera Zayas (p. 206): “No sé si después conseguiría poner en práctica tan audaz idea, sobre todo teniendo en cuenta lo mal pagada que están las letras en este reino como os he dicho anteriormente y no me canso de repetir y aun no creo se remedie esto en los siglos venideros” (p. 206).

Amar tanta belleza es una sinfonía de ecos intertextuales. Su lenguaje y las opiniones de las dos escritoras se nutren de los propios textos literarios de estas, citados profusamente además: personajes, versos y opiniones de los textos de Caro y Zayas se van taraceando a lo largo del relato, como la defensa de Zayas sobre la inteligencia de la mujer que conecta al lector inmediatamente con el “Prólogo” de sus *Novelas amorosas y ejemplares*: “Que si el entendimiento está en el alma ¿no es, acaso, el alma la misma en el hombre que en la mujer?” (p. 83).

El amor es siempre el motor de las acciones humanas. Y es la belleza o el arte lo que aman sobremanera los personajes de esta historia. Zayas y Caro aman las palabras y por ese amor desafiaron con feraz tenacidad las normas sociales: “Si amar tanta belleza es pecado, he pecado, sí. Un pecado de idolatría, porque ese amor era adoración muda, deliquio de las potencias del alma que, desmayadas y todo, obraban siempre con un fin, que no es otro sino el bien de la persona amada” (p. 195). Y ese amor las unió, entonces y ahora, en la historia y en la ficción.

La labor de documentación histórica ha sido intensa. Sobre la vida de ambas escritoras se sabe poco y gran parte se ha reconstruido desde la propia obra literaria. No obstante, Herminia Luque se hace eco en su ficción de las últimas aportaciones críticas sobre la vida de Ana Caro: su ascendencia, su origen como esclava, su vida en Granada, o su muerte a causa de la peste, según las últimas aportaciones documentales e hipótesis críticas que se han vertido sobre la autora. Sobre este andamiaje documental, se construye una ficción del momento en que ambas mujeres se encuentran en el Madrid de las primeras décadas del XVII y que tiene por objeto dejar hablar a ambos personajes, que conservan sus nombres como figuras históricas. Luque acerca una gran fecundidad literaria, y convierte la vida de dos escritoras brillantes en el centro de la reflexión sobre el papel de la mujer en el mundo literario, con dificultades sorprendentemente similares a las actuales.

El juego metaliterario y la fusión-confusión deliberada de literatura y vida son los pilares en los que asienta esta novela. En ella se plantea con juguetona ironía la vida de las escritoras, el mercado editorial y un todavía inalcanzado ideal de igualdad de géneros en un viaje a través de los siglos, que va de la epístola manuscrita del siglo XVII a los tweets.

Entrevista a Herminia Luque.

Málaga, 30 de enero de 2016.

-¿Qué opinión te merece la escasa presencia de las escritoras en las Historia de la Literatura, en los manuales y en las aulas no solo universitarias?

Me parece una mezcla insoportable de menosprecio, desidia y mala fe. A pesar de todas las dificultades, ha habido mujeres escritoras desde los mismos orígenes de la literatura universal – quizá, incluso, el primer nombre de escritor conocido sea el de una mujer Enheduanna, una sacerdotisa acadia de hace más de cuatro mil años.

En lo que se refiere a la literatura española, no se entiende que en los manuales ni se cite a María de Zayas, a Gertrudis Gómez de Avellaneda o a Carolina Coronado. A la Pardo Bazán se le deja su huequecito, aunque yo creo que es estilísticamente superior a Galdós y su producción por supuesto más abundante –más variada, más proteica- que la de Clarín.

- Las dos escritoras que trata en sus novelas, María de Zayas en menor medida, son escasamente conocidas fuera del ámbito académico. ¿Cómo ha sido la labor de documentación? ¿Conoces el proyecto Bieses?

Hay ediciones de algunas de sus obras (en Castalia y en Cátedra) y los estudios sobre ellas, en el caso de María de Zayas especialmente, son cada vez más numerosos. A través de Internet he conseguido información muy precisa y desde luego a través de Bieses.

-¿Cómo crees que contribuyen proyectos de investigación como Bieses al conocimiento de estas escritoras? ¿Te ha servido y cómo para documentar tu novela?

Un proyecto como el de Bieses me parece fundamental para dar a conocer a nuestras escritoras; el acceso es muy sencillo y se puede obtener gran cantidad de información. En Bieses, por ejemplo, encontré el poema de Ana Caro (Contexto de las reales fiestas...) en el que da unos datos autobiográficos valiosísimos: su llegada a Madrid un día uno de enero, en medio de una impresionante nevada.

- *De la lectura de la novela puedo entender que lo que más te ha subyugado de las dos escritoras barrocas es su sentido de la libertad y el amor a la literatura: ¿es así?*

Es increíble la audacia de una Ana Caro que se planta en Madrid buscando ampliar sus horizontes literarios —ella es, de hecho, la primera mujer en la literatura española que vive de sus producciones literarias, comedias y autos sacramentales sobre todo. Es increíble la valentía que despliega en su comedia *Valor, agravio y mujer*, dándole la vuelta al mito de don Juan y reivindicando la posibilidad del valor (y no sólo como valentía, sino como valía) para las mujeres en un mundo eminentemente masculino, el literario y el de la vida ordinaria. María de Zayas es una figura excepcional: con una lucidez pasmosa reivindica la igualdad de hombres y mujeres, achacando la debilidad y los “defectos” femeninos a la falta de instrucción, a la educación inferiorizante que reciben las mujeres.

- *Aunque la vida de estas escritoras transcurriera en el siglo XVII, cuando leemos sus inquietudes, las razones por las que se dedicaron a escribir y las dificultades que encontraron, muchas de las categorías que aislamos en el campo literario del momento siguen vigentes hoy, más o menos atenuadas: ¿sigue siendo la literatura un campo de hombres?, ¿sigue siendo difícil el diálogo maternidad/actividad profesional, que se pone de relieve en distintos momentos de Amar tanta belleza?*

Pues sí, las cifras son elocuentes. Por poner un ejemplo: entre los cinco finalistas del Premio de la Crítica de Andalucía sólo hay una mujer, eso es un 20%... En cuanto a la maternidad, no creo que sea tan relevante a la hora de dificultar el acceso a una carrera literaria. No hay que elegir entre libros o hijos; se trata más bien de establecer prioridades y que se respeten dentro de una convivencia doméstica —el cuarto propio wolfiano es fundamental. Otra cosa es la dificultad para acceder al mundo editorial, al prestigio literario, al reconocimiento... Las cifras son tozudas: a ver cuándo en la Real Academia Española somos mayoría...

- *¿Dirías, con Stefan Bollman, que las mujeres que leen son peligrosas? ¿Y las que escriben?*

Las mujeres que leen son menos susceptibles de ser manipuladas; son más dueñas de su pensamiento y de su vida en general. Las que escribimos hacemos lo que podemos. Porque, aunque se desmitifique la vocación literaria y se quiera ver en ella un cúmulo de circunstancias concretas (medios, oportunidades, apoyos...etcétera), la escritura posee también un componente misterioso, aleatorio, casi alucinante. O por qué dedicamos una parte eminente de nuestras vidas a crear mundos que a nadie le hacen falta ni nadie nos reclama; mundos que no existen pero que anclan nuestra existencia al mundo que tenemos, al cuerpo que nos posee. El empleo público de ese empeño, es decir, la publicación, eso sí que es una senda erizada de peligros y dificultades.